

Introducción

Muchos excelentes cronistas antiguos y contemporáneos me han precedido en esta tarea de describir el blasón, la alcornica y los múltiples rostros de la ciudad sobre las aguas. Desde los legendarios ecos míticos, el esplendor y magnificencia con que la glorificaron sus reyes, las imágenes de los conquistadores, de los frailes y de los viajeros que conocieron a la que llegaría a nombrarse Ciudad de los Palacios, numerosas han sido las referencias a la Ciudad de México, además de monografías dedicadas a ciertos aspectos de la misma que hicieron sus modernos cronistas, desde García Cubas, Fernando Benítez y León Portilla hasta Guillermo Tovar de Teresa y Antonio Rubial García. Con todos ellos estoy en deuda y “como otra Ruth cogeré algunas espigas de tan ricos autores para elogiarla” (Vetancurt *dixit*). A todos ellos acudo para ensamblar un vasto mosaico de cultura urbana de la mayor y más hermosa ciudad del Nuevo Mundo. Con esto, hago propio el comentario del oidor Alonso de Zorita, “no es nuevo escribir unos autores lo que otros han escrito”, y, como lo que se hace a imitación de varones doctos carece de culpa, según Quintiliano, yo tampoco callaré los nombres de quienes me ayudaron a escribir las señas de la Ciudad de México, sino que los referiré muy por extenso en las páginas que siguen y los haré dialogar a unos con otros, de modo que yo sólo he usado o, tal vez, abusado de sus voces para poder oír los ruidos del mercado de la ciudad prehispánica, los ecos de la conquista, los cascotes de

los caballos, los sonidos de tambores y cornetas, el martilleo sobre las piedras de las construcciones nuevas de la ciudad virreinal, el chapoteo de las canoas sobre el agua, las trompetas lúgubres de las exequias, el rumor bullicioso de las calles en las procesiones y las campanas de regocijo en los días de fiesta.

Son conocidas las descripciones, rayanas en lo maravilloso, de la ciudad que vio Bernal Díaz, cuyos edificios en el agua le parecen encantamientos del *Amadís*; la de la *Segunda carta de relación* de Cortés, fascinado ante las lagunas, el tráfico de canoas, el mercado y las plazas; la de Cervantes en *El licenciado Vidriera*, donde la compara con Venecia; la del otro Cervantes, el de Salazar, primer cronista de la Ciudad de México; y las que Artemio de Valle-Arizpe y Salvador Novo recopilaron en sus respectivas obras antológicas: *Historia de la Ciudad de México según los relatos de sus cronistas y Seis siglos de la Ciudad de México*. Pero hay muchos más testimonios que pretenden enriquecer este trabajo para estudiar otros ángulos de la ciudad, como los de los frailes y misioneros Diego Durán, Toribio de Benavente, Bernardino de Sahagún, Juan de Torquemada, que nos legaron un importante arsenal sobre su arquitectura, sus leyes, ritos, solemnidades y otras cuestiones de la urbe azteca antes de su destrucción. La reconstrucción de la que llegó a ser la "Ciudad de los Palacios", la capital novohispana con sus fiestas, exequias, inundaciones, asepsia, alumbrado y demás cuestiones urbanas formarán parte de este trabajo, para lo cual he recurrido a las Actas de Cabildo, a las Relaciones de fiestas, a diarios, cedularios y pragmáticas, a los testimonios de viajeros, a los poetas, o sea, una mezcla de discursos que permitan sentir la ciudad como ente vivo y reconstruirla culturalmente con varias piezas que se completan unas a otras, y que proceden de las más variadas fuentes. Lo que se pretende llevar a cabo es un trabajo de exhumación para rastrear las huellas de lo quedó enterrado y escuchar las voces de los viajeros y cronistas y los ecos de los poetas, y luego recomponer un mosaico ideal de lo que fue México-Tenochtitlan, la capital de la Nueva España. Importa sobremanera destacar, y es lo que trataré en las páginas de esta obra, la recepción que del espacio urbano hicieron en sus obras estos hombres que conocieron y vivieron la ciudad, pasearon sus calles, habitaron un tiempo en ella o estuvieron de paso en sus viajes.

Además del estudio, van dos apéndices, uno con los virreyes y las fiestas organizadas para su recepción, recogidas en relaciones y otro con una serie de pasajes seleccionados entre el corpus que abarcan los distintos aspectos de la ciudad: situación geográfica, inundaciones, la ciudad nocturna iluminada, alabanzas, fiestas cívicas y religiosas.

Estas páginas están impregnadas e inspiradas por los tercetos que Balbuena le escribió a doña Isabel de Tovar, ya sea como epígrafes o en forma de citas para ilustrar algún asunto. Él es el que le da título a este trabajo y yo confieso con él que la Ciudad de México es “la flor de las ciudades”:

Ríndase el mundo, ofrézcale la palma,
confese que es la flor de las ciudades,
golfo de bienes y de males calma.